

RUINAS EN FLOR

—Fresquita caperuza de verbena
Cubrirá mis cabellos rubicundos
En mi lindo corpiño de...
La blanca manteleta...

En la salita que llamaba ella su despacho, y en donde, a pesar de los ramos de rosas dibujados en la tapicería, de los frívolos estantes, de los ricos vargueños y de mil lindas cosas inútiles, podíase adivinar la seriedad de espíritu de una joven inteligente y estudiosa, la señorita Irene de Champierre dedicaba toda su atención a buscar, en presencia de su «maestro de poesía,» un consonante a la palabra «verbena,» que se adaptase congruentemente al terser verso de la canción que componía.

Mucho contrastaba la hermosura de la señorita de Champierre con la lindeza de las pastorcillas y colombinas que, vestidas de claro y bañadas de dorada luz, jugueteaban en las paredes de su gabinete. Aquel talle un poco alto, aquella gracia un tanto arrogante, parecerían tal vez más propios del suntuoso lujo del siglo de Luis XIV que de las refinadas elegancias del siglo siguiente; sin embargo, los polvos sentaban magníficamente a su tez morena, y, sobre todo, a sus aterciopelados ojos, ojos admirables, encantadores, que en la corte gozaban de cierta celebridad simpática, hacía cosa de un año, desde el día en que, al ver por casualidad al conde de Champierre sin la compañía de su hija, manifestó amistosamente la amabilísima delfina María Antonieta su esperanza de que nada malo retuviera en casa a «los ojos más hermosos del mundo.»

—«Fresquita caperuza de verbena... Cubrirá mis cabellos rubicundos»... Don Antonino, decidme si «esta-meña» rima con «verbena.» Porque, en vez de corpiño, pondría... pondría... ¿Pero no me oís, don Antonino?

—¡Oh! perdonadme, señorita.

—¡Qué distraído estáis!—exclamó la joven.—Mientras yo me impaciento por no dar con la rima, os estáis vos ahí inmóvil, fascinado por no sé qué hermosa idea, clavados en mí los ojos... y probablemente sin verme. Y, sin embargo, si no venís en mi auxilio, nunca llegaré a acabar mi estrofa... Hoy no me sopla la musa.

—Perdonadme, repitió Antonino tomando de manos de la señorita de Champierre el papel ya todo tachado.

Cuando un día había Irene manifestado el deseo de familiarizarse con las leyes de la prosodia para escribir por sí misma la letra de las romanzas y canciones cuya música le gustaba componer, el señor de Champierre pensó que nadie más a propósito para dirigirla en ese estudio que Antonino Fargeot, muchacho honradísimo a quien algunos suponían dotado de inteligencia poco común y el cual, haciéndose agradable a los grandes señores casi tanto quizás por sus corteses modales, sus vestidos siempre limpios y su irreprochable ropa blanca, como por su erudición, hacía ya varios años que enseñaba latín al hermano de la joven.

Antonino Fargeot debía de ser joven; pero a nadie se le ocurrió nunca señalar edad a su figura enfermiza, a su pálido y alargado rostro, a su vaga sonrisa, cuya resignada bondad iba a veces mezclada con cierta amargura. La señorita de Champierre había fácilmente comprendido el valor de aquel hombre pobre, laborioso y altivo, y le apreciaba por la elevación de su espíritu y la originalidad de sus miras, tanto como por la dignidad de su carácter. Por eso le demostraba estimación y le hablaba siempre con suma bondad.

—Ya sabéis—continuó ella aquel día, en tanto que el modesto humanista garabateaba nerviosamente unas palabras—ya sabéis que su Majestad la reina María

Antonieta ha tenido a bien aceptar de antemano la dedicatoria de mi romanza y que hasta se dignará cantar, en la primera velada musical, los versos que corregís en este momento.... ¿No os sentís orgulloso de ese favor concedido a vuestra discípula?

—De ello me congratulo ciertamente, si a vos os alegra, señorita; pero fuera por mi parte gran presunción envanecerme de ello.

Al responder así, sonriendo, Antonino Fargeot, notó Irene que el rostro de aquel a quien amablemente llamaba su «maestro de poesía» estaba más pálido y esmirriado que de costumbre; y al punto pensó que ciertas sonrisas expresan mejor el dolor que un sollozo.

—Hoy me parecéis cansado y triste—dijo afectuosamente.—¿Os sentís mal?

Un resplandor de alegría asomó a los tristes ojos de Fargeot.

—Gracias, señorita,—replicó;—no estoy mal, pero sí muy fatigado. Estos últimos días he trabajado mucho y casi todas las noches.

—Mal hecho—repuso la señorita de Champierre;—vuestra salud no podría resistir tan desastroso régimen. ¿Y cuál es el trabajo que tanto os absorbe? ¿Escribís acaso algún libro?

—Sí, señorita.

—El señor de Vaudreuil, que os presentó a mi padre, y que, como sabéis, es tan aficionado a las cosas del espíritu, aprecia mucho la obra que habéis publicado, especie de cuento filosófico, según creo; ¡pero aún espera más de vos.... mucho más, ciertamente! Dice—y perdonadme que os comunique su juicio—que vuestro cerebro es un instrumento maravilloso que aún no habéis aprendido a tañer con osadía. Os reprocha el carecer de energía, el dudar demasiado de vos.

—¡Ah, señorita! tal vez no tarde en tildarme de presuntuoso! En efecto, esa primera obra no es sino un tímido ensayo; pero la otra...

La señorita de Champierre alentó la confianza.

—¿La otra?—repitió.

—La otra—siguió diciendo con voz baja y temblorosa Antonino Fargeot,—la otra sería el verdadero, el supremo esfuerzo de mi vida.... Años há que la llevo en mí. Pondré en ella cuanto sé, cuanto pienso, cuanto sueño. Cuando trabajo en ella, se me exalta la cabeza, me enardezco como si estuviera ebrio o loco y se me pasan las noches sin darme cuenta... Burlaos de mí, señorita, si os parece; pero ese libro será una obra maestra.... o no será. Realmente, ¿de que sirve publicar un libro cualquiera?

—Muy lejos de burlarme de vos, os envidio—exclamó ingenuamente Irene. ¡Qué admirable destino... ser autor de un buen libro, ejercer por la sola fuerza del pensamiento, al través del tiempo y del espacio, una acción, que puede ser feliz y bendita, en miles y miles de seres humanos! ¡Cuán noble señorío!

La joven habíase animado a su vez mientras hablaba. «Los ojos más hermosos del mundo» brillaban con deslumbradores destellos.

—¡Quisiera poder escribir en este momento!—balbució Antonino Fargeot.

Y añadió con palabra apresurada:

—Mucho necesito que me animen.

—Segura estoy de que pronto os animará vuestra misma obra, y ése es el mejor estímulo—dijo la señorita de Champierre;—pero si no os cuidáis más, ¿dónde hallaréis las fuerzas necesarias para proseguir, para terminar vuestra tarea?

En el rostro de Antonino Fargeot apareció otra vez su triste sonrisa.

—Voy a causaros una gran sorpresa, señorita,—dijo, pues no tengo cara de enamorado. Sin embargo,

esa fuerza, esa perseverancia, esa voluntad que no son en mí naturales y que necesito para concluir mi obra, las he hallado hasta ahora, y espero seguir hallándolas hasta el fin, en un gran cariño.... o más bien en el deseo ardiente que tengo de hacerme digno, a mis propios ojos, de una mujer, de una joven.... a quien amo.

—¿A vuestros ojos?... y supongo que también a los de ella— repuso amablemente Irene, interesada por aquella modesta novela.

—¿A los de ella?...no.... ¡eso sería demasiado bello!

—¿Por qué? ¿No esperáis casaros con ella?

—¡Casarme, yo! No, señorita.

—¿Os separa acaso de ella algún grave obstáculo?

—Un obstáculo... sí.

—Pero los obstáculos se vencen.... se derriban— insinuó con una confiada sonrisa la linda cancionista.

—Ese no.

—¿Y, si por ejemplo, llegáis a ser muy célebre?... ¿Pero no seré indiscreta?...

—¿Indiscreta vos, señorita? Decid más bien buena, muy buena....

—¿Os han negado la mano de esa joven sus padres? ¿O es que ella no os ama...?

Se interrumpió, sin atreverse a terminar por miedo a ser cruel; sentíase, sin embargo, atraída por aquella historia verdadera, cual por una seductora ficción novelesca.

—¡Ella! ¡Dios mío!.... Nunca se me ha ocurrido la idea de ser amado de ella.... pero.... a pesar de todo, mi mayor alegría es amarla.... No la veo todos los días, no.... pero cada día sé que depende de mi voluntad el verla.... A menudo me es dado oír sus

pasos, su risa, su voz que canta.... Espero que más adelante leerá mi libro.... y no puedo esperar nada más.... nada....

Se detuvo.

—¿Ni siquiera que algún día la conmueva un amor tan profundo, tan fiel?

Antonino movió la cabeza.

—Ni aun eso—respondió;—porque no comprendería ese amor por el cual vivo y muero al mismo tiempo... y quizás viera en él....—Titubeó:—una ofensa—añadió.

—¡Ah!, exclamó la señorita de Champierre, en tanto que le pasaba una sombra por la frente—¿no es?...

—No es de mi clase, no, señorita—repuso Antonino con cierto énfasis doloroso.—Nació noble, ¿comprendéis?; yo no lo soy. Así que, aunque llegara yo un día a ser célebre como el señor de Voltaire, seguiré sin existir para ella.... Y, sin duda, ella—con alegría o con indiferencia ¡tanto da!—uniráse a un gentilhomme que tal vez no haya tenido en su vida más alta ambición que ver cómo se acuesta y cómo se levanta el rey y que considere un gran honor desempeñar en palacio el oficio de lacayo.... ¡Así es el mundo!....

—Os compadezco—dijo la señorita de Champierre, clavando los ojos en el papel de la canción... —pero continuemos.... o mejor, no.... me siento cansada.

Y se levantó. Su voz se volvió fría, su rostro habíase puesto serio, casi severo.

El pálido semblante de Antonino se descompuso.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué locura haberos dicho todo eso!—exclamó el desgraciado.—Si, ¡qué locura!.... Quizá algún día, otro día hubierais llegado a saberlo.... Pero quería antes tener terminado mi libro, porque.... porque os hubiera hecho presente de él.... mientras que ahora todo ha concluido, todo se ha roto.... ¡Dios

mío! ¡Dios mío! ¡Cuán diestros somos en despojarnos de la poca felicidad que tenemos!

La joven no respondió. Guardaba una compostura muy fría. Sin embargo, sus ojos no parecían duros: expresaban compasión. En pie, a pocos pasos de ella, Antonino Fargeot estaba tan lívido que parecía pronto a desmayarse.

—Escuchad, señorita—balbució, con la respiración penosa, oprimida, — os he amado mucho.... érais mi alma.... ¡mi alma! ¿entendéis? Por vos vivía, por vos obraba.... sólo por vos y para vos.... Deseo sinceramente y sin amargura, os lo juro, deseo veros casada con un hombre que os ame tan profunda y absolutamente como yo os he amado.... ¡Adiós!

Irene repitió:

—¡Adiós!

Y enloquecido, el joven corrió hacia la puerta; pero allí tropezó con el conde de Champierre, que le esperaba en el umbral cruzado de brazos, con irónica sonrisa en sus labios pálidos de cólera.

—¡Alto ahí! — dijo el viejo aristócrata mientras Antonino se detenía espantado, — ¡alto ahí, señor bribón!.... ¿De dónde sacará el señor de Vaudreuil sus protegidos? ... ¡Valiente pillito ha de ser, en verdad, el hombre a quien colmo de bondades y me las agradece insultando a mi hija.

Antonino se había recobrado.

—Derecho tenéis a reprocharme el haber hecho traición a vuestra confianza, señor conde,—dijo; —por que nunca, nunca jamás, hubiera debido yo hablar.... Pero abusáis de ese derecho al injuriarme, pues mi actitud era de huir como culpable, después de haber declarado, no una esperanza cualquiera, sino mi profunda desdicha.... Y no es ningún insulto el amor respetuoso de un hombre honrado.

El conde seguía sonriendo.

—¡Ved ahí los señores filósofos! ¡No me disgus-

taría nada demostrar a uno de ellos el caso que hacemos de sus frases!

Abrió la puerta, llamó por señas a cuatro robustos lacayos que platicaban matando el tiempo en la sala de espera.

—¡Ea, pronto aquí!—ordenó.—¡Echad a ese pillito a la calle, después de apalearle como se merece!

Irene profirió un grito de horror.

—¡Piedad, padre, piedad!

Pero, bruscamente y sin darle tiempo a interceder por el pobre diablo a quien juzgaba más desgraciado que culpable, su padre la arrastró a otro cuarto.

Momentos después Fargeot se halló en la calle, ebrio de dolor y de coraje.

Aplastado por el número y la fuerza bruta, había sido apaleado y expulsado por los lacayos del conde de Champierre.

Su primer impulso fue acudir al teniente de policía y denunciar el indigno trato de que había sido víctima; pero pensó que nunca se administraría justicia a un pobre maestro de latín en contra de un aristócrata.

Acudiósele entonces la idea de esperar al primogénito del conde en un lugar público y ultrajarle descaradamente a la vista de todos; pero retrocedió ante el temor de expiar en un calabozo un desafío que seguramente no sería aceptado ...

No, para vengar la más vil injuria, un hombre como él no podía pensar más que en tomarse la justicia por su mano en las tinieblas, ignominiosamente, como un malhechor, por la celada y el asesinato.

Cuando entró en su triste morada, ya no esperaba Antonino Fargeot vengarse del conde de Champierre.

Sobre la mesa parecía esperarle el original de su libro inacabado. Tomólo, mirólo un instante, inmóvil.... y gruesas lágrimas rodaron por sus páginas.

—¡Todo se acabó!.... — dijo balbuciente.—¿Para

qué?... Tiene razón el señor de Vaudreuil; soy débil, tímido.... me faltan energías.

Y lentamente, hoja tras hoja, fue quemando el manuscrito.

Después, olvidado de que la resignación cristiana y la confianza en Dios son siempre sostén inquebrantable en los momentos de prueba, y agobiado de dolor considerando que nadie le amaba ni se preocupaba de su miseria, pensó seriamente en ahorcarse de las vigas de la bohardilla.... Pero aquel mismo día le llegó una extensa carta de Roy-les-Moret, el pueblo en que había nacido y en donde sus padres dormían el último sueño.

Esa carta la había escrito Manón Fargeot, una tía de su padre, anciana ya, que le había arrullado de pequeño, que había vigilado sus juegos de muchacho, y que, con el pensamiento, habíale seguido de lejos, amorosamente, desde que salió del pueblo....

«... Querido Tonino, decía la carta, creo que te olvidas de mí, pues ya no me escribes.... No sentiría congoja, si pudiera suponer que lo que aparta tu pensamiento del pueblo y de tu pobre tía son acontecimientos felices; pero te conozco, hijo mío, te conozco mucho, y sé que, si fueras feliz, querías compartir conmigo tu alegría ...

«¿Qué te sucede en ese gran París?... Seguramente trabajos y penas. La vida es dura para todos, hijo mío, y corazones como el tuyo pronto aprenden el dolor; verdad es que en el dón de sí mismos y en el sacrificio les hace Dios hallar alegrías ignoradas de los malos.

«Escribeme una cartita, querido Tonino, y consérvate para tu vieja tía que no tiene más cariño que el tuyo en el mundo....»

Al leer la carta de Roy-les-Moret, Antonino Fargeot se acordó de su venturosa infancia, de su padre, de su madre, de la buena tía, única superviviente de lo pasado, y lloró por sí.

Poco a poco fue volviéndole la razón; juzgóse débil, juzgóse cobarde, pensó que la muerte voluntaria, en su caso, no podía considerarse sino como una deserción; intentó empaparse bien de las ingenuas palabras de Manón Fargeot; alentóle el pensamiento de que algunos corazones, más fatalmente infortunados que otros, pueden en cambio verse favorecidos por alegrías desconocidas de «los malos» y resolvió seguir viviendo.

Semanas después, enteróse casualmente de los esponsales de Irene de Champierre.

Y Fargeot siguió viviendo con la incurable herida en el alma, pero tranquilo y resignado. Se dedicó a dictar lecciones en casas particulares, para ganarse modestamente el sustento.

Años después se casó con una muchacha honesta y cariñosa, que le alivió en parte la carga de sus pesares. Ni un sólo día dejó de recordar la escena con el conde de Champierre, que mudó completamente el rumbo de su vida; y al pensar en ello, exclamaba para sí:

—Que caro le cuestan a úno las ilusiones de la mocedad!

GUY CHANTEPLEURE

DOCTORES EN MAYO

Durante el mes de mayo obtuvieron el título de doctor en jurisprudencia de nuestra Facultad los señores Bernardo Reyes Acosta y Rafael Galvis Salazar, oriundo el primero del departamento de Cundinamarca y el segundo de Santander del Norte.

El señor Reyes obtuvo por concurso la merced de una colegiatura de número y más tarde fue honrado con el nombramiento de inspector del Claustro, cargo que desempeñó a satisfacción de sus superiores; se distinguió por su intachable conducta y por la aplicación al estudio de la ciencia jurídica.